

# SUCEDIO EN DICIEMBRE

(relato navideño)

Por JAIME VIÑALLONGA

Era gris aquella tarde. Brillaban, no obstante, los objetos al reflejo de la nieve. Las casas de madera formaban caprichosas ondulaciones bajo su suave carga blanca. No resonaban mis pasos en el adoquinado, amortiguados por la alfombra achocolatada. Dobelle, ciudad báltica, pequeño oasis de paz, nos acogía en nuestra convalecencia. Bellísima en verdor unos meses antes, resultaba aún más acogedora en aquellos días prenavideños. El campanario de su iglesia, con su cúpula blanca, si nos representaba a la perfección la existencia de una comunidad cristiana, que dominaba aquel oasis en paz, nos trasladaba también a paisajes de ensueño, presentidos en nuestra adolescencia. Caminábamos, sin embargo, con el corazón entristecido por la nostalgia y nuestros pasos se dirigían a la cantina española, como refugio único, lugar de intimidades entre compatriotas. Era extraño, a pesar de su insólita belleza, aquel lugar.

En la cantina saludamos a los amigos. Desconocidos ayer, pero formando, hoy, parte indisoluble de nuestro pequeño mundo. Por la sola comunidad de una lengua, unas costumbres y una fe.

Escasas mesas y rústicos bancos y un mostrador breve y parcamente dotado, amueblaban un recinto triangular, de bajo techo. Decoraban las paredes chicas guapas españolas. Me senté en un ángulo, hasta el que lle-

gaban amortiguados los cánticos de mis compañeros y saboreando un vaso de «vodka» me ensimismaba en mis pensamientos cuando me llamó la atención un escrito, a punta de machete grabado, sobre la mesa. Decía textualmente: *Evocando los días felices de nuestro amor, querida mía, sabré morir para que seas feliz en tu hogar, siempre.*

Sin firma. Nervioso acerqué de nuevo el vaso de «vodka» a mis labios, convertido mi cerebro en un conglomerado de conjeturas. Aquellas letras evocaban un sin número de hechos, anteriores a mi mundo presente. Otros días con frío y sin nieve. Un hogar humilde y confortable, como tantos otros, de nuestra españolisima región catalana. Mis padres sonreían dichosos, mientras entonábamos cánticos junto al pesebre. Madre, nos iba repartiendo tajadas de turrón. Habíamos regresado de la larga y emotiva «misa del gallo», en la que desviando mi vista del oficio divino, la había detenido en unos jóvenes, muy juntos, que de vez en cuando se miraban, sonreían y volvían a musitar plegarias.

Al fijar mis pensamientos en la lejana patria en paz, no pude menos que sentirme feliz, considerando los millares de hogares en los que se preparaba la celebración del Gran Advencimiento.

Queda, claro es, un margen a la miseria, hogares faltos de calor, de golosinas para los niños y en conse-